

¡Al fin una forma de evitar la calvicie!

Cada vez que tengo oportunidad, me sirvo de dos espejos para revisarme la coronilla. No es que haya llegado al punto de tener pesadillas de esas en que uno amanece totalmente calvo y rodeado de gente que se ríe; pero la deforestación cefálica del vecino de la oficina del frente es un recordatorio constante.

Los egipcios, con sus emplastos de aceite de víbora, orejas de murciélago y mirra, no tenían más éxito que nosotros con nuestros caros productos milagrosos. La verdad simple y triste es que no conocemos una manera natural de que las calvas se vuelvan a cubrir. Sin embargo, al fin se ha encontrado algo aún mejor: una manera infalible de evitar que ocurra la caída del cabello masculino. La respuesta yacía olvidada en la literatura científica.

Un dermatólogo francés, estudioso de los eunucos del Sultán de Turquía, descubrió que ellos nunca se quedaban calvos. Tampoco los **castrati** de las antiguas óperas veían desesperados cómo la cabellera se aferraba al peine.

La solución es pues, amigos míos, una sencilla castración. Yo sé que el movimiento se demuestra andando, pero como se apresuró a explicarme mi esposa, en mi caso es demasiado tarde, pues ella me ha notado un incipiente raleo, sobre todo por el área del remolino.